

¿REALMENTE HA DICHO ESO? ALGUNAS IMPLICACIONES ÉTICAS EN EL USO DE CITAS DIRECTAS EN LOS TEXTOS PERIODÍSTICOS

Fernando López Pan*

El periodista asiste en directo a muy pocos acontecimientos, y esos pocos casi se reducen a pseudo acontecimientos: ruedas de prensa, conferencias, mesas redondas, actos públicos, etc. pensados para reclamo de los medios, y en los que predomina la información recogida oralmente por el periodista. Si a esos acontecimientos mediáticos añadimos las intervenciones en sedes públicas (por ejemplo, parlamentos, ayuntamientos...), las declaraciones a los medios de los personajes de relevancia y los testimonios de quienes viven determinadas situaciones noticiosas (dramáticas o no), nos encontramos ante un panorama en el que las palabras de los otros (las fuentes) adquieren una relevancia no suficientemente subrayada en los textos periodísticos. Una relevancia que se traduce en el predominio de lo que los lingüistas denominan el discurso referido y todas las cuestiones relacionadas con él: la atribución de la información, la identificación del hablante, las citas directas, las indirectas, las ocultas¹...

Por eso, entre los rudimentos del oficio periodístico destaca el de saber escribir noticias discursivas y manejar con soltura y acierto los distintos tipos de citas. Pero curiosamente, en nuestro país los manuales de redacción periodística apenas prestan atención a este asunto². Tampoco los libros de estilo de nuestros

* Fernando López Pan es Doctor en Comunicación y Director del Departamento de Proyectos periodísticos de la Facultad de Comunicación de la Universidad de Navarra.

¹ Para una introducción al estudio de las citas, pueden verse los libros de REYES, G., *Polyfonía textual. La citación en el relato literario*, Gredos, Madrid, 1984; *Los procedimientos de cita: estilo directo y estilo indirecto*, Arco/Libros, Madrid, 1993; y *Los procedimientos de cita: citas encubiertas y ecos*, Arco/Libros, Madrid, 1994.

² Por ejemplo, el del profesor Martínez Albertos, clásico y pionero entre nosotros, sólo habla de las citas en media página que dedica al reportaje de citas o entrevista. Cfr. MARTÍNEZ ALBERTOS, J. L., *Curso general de redacción periodística. Lenguaje, estilos y géneros periodísticos en prensa, radio, televisión y cine*, Paraninfo, Madrid, 1992, p. 308. Otro ejemplo más: MUÑOZ, J. J., *Redacción Periodística. Teoría y práctica*, Librería Cervantes-Salamanca, Salamanca, 1994, (2ª edición) apenas dedica dos páginas al asunto

periódicos insisten en el uso de las citas, y, en la mayoría de los casos, se limitan a explicar cómo introducirlas en un texto de un modo gramaticalmente adecuado. Entre las excepciones³, el *Libro de Estilo de El Mundo* recoge ideas —por otro lado, bien sabidas por la profesión— como que las citas «ayudan a visualizar a los protagonistas y dan verosimilitud»⁴ o que «una buena cita, con todo el colorido posible, es un plus decisivo para una información»⁵. Y en otro pasaje insiste en que gracias a las citas directas: «saltan de las páginas de los periódicos los protagonistas de las noticias. Naturalmente, las mejores citas que se hayan obtenido deben colocarse muy cerca del principio del artículo»⁶.

Frente a la escasa atención que reciben en nuestros manuales⁷, en el periodismo estadounidense se les concede tanta importancia⁸, que forma parte del ín-

bajo el epígrafe «Formas de transcripción textual de testimonios en el Periodismo español» (pp. 180 y 181).

³ Entre las excepciones, FONTCUBERTA, M., *Estructura de la noticia periodística*, ATE, Barcelona, 1980 (cap. VI: «Uso de las citas», pp. 103-123); CAMINOS MARCET, J. M. y ARMENTIA VIZUETE, J. I., *Principios básicos de la noticia escrita*, Servicio editorial de la Universidad del País Vasco, Bilbao, 1997 (epígrafe «La información con citas» del capítulo 4, pp. 96-100); BEZUNARTEA, O., «Uso de las citas», en BEZUNARTEA, O.-MARTÍNEZ, F.-HOYO, M. del, *21 lecciones de reporterismo*, Servicio de Publicaciones Universidad del País Vasco, Bilbao, 2000, pp. 211-221. Una mención especial, por el profundo análisis que realiza, merece el estudio de las noticias discursivas que realiza NÚÑEZ LADEVEZE, L., *Manual para periodismo. Veinte lecciones sobre el contexto, el lenguaje y el texto de la información*, Ariel, Barcelona, 1991, en concreto en la lección 17 titulada «Tratamiento de informaciones de contenido discursivo», pp. 273-290.

⁴ *El Mundo. Libro de estilo*, Unidad Editorial, Madrid, 1996, p. 20.

⁵ *Ibid.*, p. 22.

⁶ *Ibid.*, p. 22.

⁷ Como es obvio, tanto en los manuales estadounidenses como en las obras españolas que prestan atención a las citas, se subraya su carácter selectivo, porque unas palabras merecen las comillas cuando son muy atractivas. Así lo explica Bezunarte: «La idea es que la cita tiene que ser así como la pimienta de la información; no las patatas o la carne de la carne con patatas. Breve, brillante, explosiva, viva», BEZUNARTEA, O.-MARTÍNEZ, F.-HOYO, M. del, *op. cit.*, p. 211. El grupo de Missouri resume los criterios de selección diciendo que las citas directas se usan cuando alguien dice algo único o de un modo único o alguien importante comenta algo importante (THE MISSOURI GROUP, *News Reporting and Writing*, St. Martin's Press, New York, 1992 (4ª edición), p. 120).

Por cierto, el balance de Bezunarte sobre la calidad de las citas en nuestros periódicos no es muy alentador: «Hay un evidente abuso de las citas, pues la mayoría ni son breves, ni brillantes, ni explosivas, ni siquiera vivas». Pero ese asunto se aleja del objetivo del presente trabajo.

⁸ «Al usar citas directas —se lee en el manual de Missouri—, le dices a los lectores que les estás poniendo en contacto con el hablante. Las citas directas son tan personales co-

dice canónico de los manuales un capítulo dedicado a las citas en el que junto a lo que podríamos llamar la técnica de la cita directa (dónde atribuir la cita, cómo introducirla, etc.) se da a los estudiantes una guía sobre cómo conseguir de una fuente o un entrevistado citas directas que funcionen bien, qué debe ser cita directa, cuándo preferir la paráfrasis o cuándo utilizar las citas parciales⁹. Y también se abordan algunas cuestiones éticas que plantea la edición de las citas directas.

Que en España apenas se ha prestado atención al asunto explica que no exista un debate similar al del periodismo estadounidense sobre el respeto a las citas directas¹⁰. Un debate, por cierto, que vivió un momento especialmente intenso con la discusión que se produjo a raíz del caso judicial de *Jeffrey M. Masson vs The New Yorker Magazine*. Masson, un psicoanalista norteamericano, había presentado una demanda contra la periodista Janet Malcom, acusándola de que le había atribuido falsamente cinco citas en un perfil sobre él publicado en la revista *New Yorker*. Al parecer, en esas citas se combinaban declaraciones de Masson conseguidas por la periodista en entrevistas separadas en el tiempo¹¹. En 1989 un tribunal de apelación de la US Court of Appeals de Pasadena (California) decidió a favor de Malcom y concluyó que un periodista «puede inventar citas de figuras públicas sin temor a un pleito (libel suit) si las palabras reflejan honradamente (fairly) lo que la persona dijo de hecho»¹².

El respaldo legal no acabó con la polémica y fueron muchos los que insistieron en que seguir prácticas similares a las de Malcom debilitaría la credibilidad de la profesión.

Más allá de los límites que las leyes y la jurisprudencia marcan al periodista, interesa en este trabajo mostrar cómo utilizan habitualmente los profesionales las citas directas y por qué lo hacen así. O planteado de otro modo: ¿Cuáles son las reglas que aplican los profesionales en el uso de las citas? ¿Forman parte de

mo una carta. Las comillas indican al lector que viene algo especial. Las citas directas proporcionan a una historia un cambio de lugar, una brisa de aire. También aligerar un pasaje especialmente denso», THE MISSOURI GROUP, *op. cit.*, p. 119.

⁹ Cfr. ITULE, B. D.-ANDERSON, D. A., *News Reporting and Writing for Today's Media*, McGrawHill, Boston, 1987 (4ª edición), capítulo 7, «Quotations and Attributions», pp. 90-112.

¹⁰ Basta con revisar la bibliografía que se cita a lo largo de este trabajo.

¹¹ Malcom afirmaba que la literalidad de las citas debe ser sacrificada para crear sentido de prosa, en KILLENBERG, G. M.-ANDERSON, R., «What is a Quote? Practical, Rhetorical, and Ethical Concerns for Journalists», *Journal of Mass Media Ethics*, vol. 8, n. 1, 37-54, p. 39, y que los periodistas son «oyentes interpretantes, no meros magnetófonos», p. 39.

¹² THE MISSOURI GROUP, *op. cit.*, p. 130.

una práctica profesional compartida? ¿En qué se fundan esos criterios? Al hablar del uso de las citas directas en los textos periodísticos, pasa a un primer plano el género de la entrevista en el que se supone que, más que en ningún otro texto, se da la voz al personaje. Desgraciadamente, dadas las dimensiones de este trabajo, me limitaré al estudio de las implicaciones éticas del uso de las citas directas en las noticias y los reportajes, dejando para otra ocasión el más delicado asunto de las entrevistas.

Ante la mencionada falta de discusión en el ámbito profesional español, utilizaré como referencia —siempre limitada— el estadounidense. Mejor aún: con el presente trabajo, pretendo acercarme a una reflexión que prácticamente no ha existido entre nosotros, pero relevante para el trabajo periodístico habitual de cualquier redactor de prensa. Que en España no se haya discutido al respecto no implica que la cuestión esté definitivamente zanjada; al contrario, podría significar que las rutinas y procedimientos se imponen al periodista de modo mecánico —y por tanto, irreflexivo— al incorporarse a la profesión. En definitiva, traer a España el debate puede servir, cuando menos, para examinar esas rutinas profesionales en lo que al uso de las citas directas se refiere, mostrar el por qué de esos procedimientos y valorar su dimensión ético-profesional.

1. La literalidad de las citas directas

En principio, las palabras que van entrecomilladas deben reproducir textualmente lo que ha dicho la fuente o el entrevistado, y así lo entienden los lectores. Si se aplica este criterio de un modo estricto, al periodista no le quedaría más remedio que respetar las palabras hasta en los mínimos detalles. Así sucede, como es obvio, en las declaraciones que se reproducen en los informativos o documentales de radio y televisión. Pero: ¿podemos dar por sentado que lo entrecomillado en un periódico ha sido dicho tal cual por el personaje al que se atribuye? ¿Es así de hecho? ¿Debe ser así?

La corriente dominante en los Estados Unidos afirma que se pueden modificar determinados detalles de una cita literal y seguir presentándola como textual o directa (esto es, entrecomillada). Son mayoría los que ven con buenos ojos que se corrijan errores gramaticales, se supriman palabras obscenas o soeces¹³, se completen frases a medio decir, pero cuyo significado es evidente, y se eliminen las redundancias¹⁴.

¹³ LEHER, A., «Between Quotation Marks», *Journalism Quarterly*, vol. 66, Winter 1989, pp. 902-906, 941, habla de palabras obscenas y de errores gramaticales.

¹⁴ Se discute si señalarlo con elipsis: los tres puntos entre paréntesis.

En el extremo de esa postura dominante están los que piden un mayor margen de libertad. Por ejemplo, Murowsky explica así cómo actúa el periodista William Reel: «Después de una entrevista larga, se queda con una idea acerca de las actitudes y sentimientos de la gente que entrevista, y a partir de ahí escribe las citas. Una cita de un párrafo puede representar una hora de entrevista y, aunque muchas de las palabras no son las originales, cree que puede «llegar tan cerca que la fuente puede leerlo al día siguiente y diría: "Esto es lo que dije". Eso es todo lo preciso que intento ser»¹⁵.

Entre nosotros, sólo el libro de estilo de *El Mundo* admite la liberalidad de reconstruir citas, pero la restringe al género de los reportajes: «Las citas reconstruidas o compuestas por el propio autor sobre la base de datos obtenidos de los participantes en conversaciones o reuniones en las que ese mismo autor no estuvo presente se han convertido en un recurso frecuente en libros periodísticos a ambos lados del Atlántico. Esa práctica está prohibida en *El Mundo* cuando se trate de informaciones o crónicas; en reportajes más amplios podrá admitirse siempre que se advierta clara y previamente en el mismo texto de la naturaleza de esos diálogos reconstruidos, que se pueden concebir como un recurso parcialmente literario y parcialmente informativo»¹⁶.

Para los demás casos, sólo acepta cambios como eliminar los titubeos, las repeticiones, los errores sintácticos y las palabras soeces (salvo en circunstancias extraordinarias)¹⁷.

Otros libros de estilo de periódicos nacionales sólo admiten, en la línea de mínimos, pequeños cambios. Por ejemplo, el del ABC afirma: «Todas las palabras, declaraciones u opiniones ajenas que se transcriban literalmente en un texto informativo se entrecomillarán sin tergiversar el sentido o intención con que fueron expuestas. Ello no impedirá al redactor seleccionar los pasajes más interesantes ni, ocasionalmente, alterar el orden de lo que se le manifiesta»¹⁸.

¹⁵ Cita tomada de TUROVSKY, R., «Did he really say that?», *Columbia Journalism Review*, julio/agosto, 1980, pp. 38-39.

¹⁶ *El Mundo. Libro de estilo*, pp. 102-103.

¹⁷ *Ibid.*, pp. 22-24.

¹⁸ *Libro de estilo de ABC*, Ariel, Barcelona, 1995 (8ª reimpresión de la 1ª edición de 1993), p. 52. Seleccionar los pasajes más interesantes es algo que se debería dar por descontado, pero no se sabe a qué se refiere lo de alterar el orden. Por ejemplo, ¿puede el periodista anteponer una frase a otra y mantenerlas como una única cita textual?, ¿se pueden fundir frases dichas en intervalos de tiempo grandes en una única cita? El libro de estilo no resuelve estas dudas.

Algo más estricto, *El País* limita las correcciones a: «defectos de dicción o de construcción idiomática de un entrevistado —por tartamudez, por ser extranjero o causa similar»¹⁹.

Por contraste con los españoles y con la corriente dominante en Estados Unidos, el libro de estilo de la *Associated Press*, al referirse a las citas directas en las noticias, afirma tajantemente: «Nunca alterar las citas ni siquiera para corregir pequeños errores de gramática o léxico. Errores sin importancia cometidos al hablar (*Casual minor tongue slips*) pueden ser cambiados usando elipsis, pero incluso eso debe ser hecho con un cuidado extremo. Si hay una duda acerca de una cita, o no la uses o pregunta al hablante para aclararla»²⁰.

La diversidad de pareceres sugiere, cuando menos, la conveniencia de preguntarse las razones que aducen unos y otros. Y eso es lo que pretendo recoger en los epígrafes que siguen.

2. Razones contra el arreglo de citas directas

El manual de estilo de la *AP* no entra en razones; pero sí lo hacen algunos autores, entre los que destaca Stimson. Para él sólo cabe la cita fidelísimamente literal o la paráfrasis. Y por razones que considera contundentes: no engañar a los lectores, que las leen como literales; ni a las fuentes, que esperan ser citados con sus palabras; ni perjudicar la credibilidad de los periodistas, que saldría dañada si el criterio de reproducción no es unívoco y cada profesional aplica arbitrariamente el que le parece.

Ante las objeciones de que la gente se equivoca al hablar y una transcripción literal sería ininteligible —como veremos es una de las razones a las que

¹⁹ *Libro de estilo. El País*, Ediciones El País, Madrid, 1999¹⁵, p. 27.

²⁰ *The Associated Press Stylebook and Libel Manual*, Addison-Wesley Publishing Company, New York, 1994, p. 166. Curiosamente, esa negativa tajante a modificar las citas en las noticias, contrasta con lo que se decía en la edición de 1984: «Normalmente, las citas deben ser corregidas para evitar pequeños errores de gramática o léxico, que con frecuencia ocurren inadvertidamente cuando alguien habla, pero que son embarazosas una vez impresas» (*The Associated Press Stylebook and Libel Manual*, The Associated Press, New York, 1984). Entre tanto, se produjo la sentencia del caso *Masson vs New Yorker* y la consiguiente polémica.

Otros aceptan cambios, pero de modo excepcional, como es el caso del manual de estilo del *Philadelphia Inquirer*: «Los errores gramaticales menores son arreglados cuando una cita directa muy interesante podría ser confusa o haría parecer al hablante como *foolish*», cita tomada de GOODWIN, H. E., *A la búsqueda de una ética en el periodismo*, Gernika, México, 1987, p. 181.

apelan los partidarios del cambio—, responde que se insiste demasiado en eso para justificar que el periodista retoque las palabras de la fuente. Además, piensa que, en lugar de modificar una cita directa, siempre cabe parafrasearla. «(El arreglo) Es más claro —afirma—, pero sólo porque retrata una persona diferente a la original»²¹.

Al tiempo que justifica su oposición a que se arreglen las citas directas, señala una confusión que late en la práctica profesional. A su juicio, en el área de la no ficción: «siempre ha habido dos definiciones en competencia respecto a lo que es una cita directa, una que trata las palabras dichas como hechos que, como las estadísticas, son para usar pero no para cambiar, y otra que las trata como diálogos que se usan para lograr un efecto (*to be messaged for effect*) junto con las otras palabras de un artículo»²².

Para Stimson, esa doble definición no es lógica porque los lectores tienen el derecho de saber «que se supone qué significan unos particulares signos de puntuación»²³. Si esa incoherencia no ha suscitado problemas piensa que se debe a que «los lectores aparentemente asumen que están oyendo las palabras reales de una persona dentro de las comillas, y el periodismo está feliz dejándoles pensar que es así»²⁴. Pero como esto supone un engaño, pide una aclaración y propone un criterio restrictivo porque «permitir a los escritores cambiar citas es tan peligroso como permitirles cambiar estadísticas: les permite colorear/teñir (*to taint*) la prueba»²⁵.

Si prolongáramos el razonamiento de Stimson, podríamos decir que la cuestión no es decidir entre citas literales y citas arregladas: esa alternativa es falsa porque olvida que caben las citas indirectas. Y esta tercera opción, supuestamente, resolvería el problema. Por tanto, nos quedaría la alternativa: cita literal o paráfrasis.

Respetar la verdad de lo dicho, no confundir a los lectores y no dañar la credibilidad de los profesionales parecen razones de peso a favor de la reproduc-

²¹ STIMSON, W., «Two Schools on Quoting Confuse the reader», *Journalism Educator*, Winter 1995, pp. 69-73. También Shipter citado por LESLIE, J., «The Pros and Cons of Cleaning Up Quotes», *Washington Journalism Review*, mayo, 1986, pp. 44-46.

²² STIMSON, W., *op. cit.*, p. 69.

²³ *Ibid.*, p. 70.

²⁴ *Ibid.*, p. 70. Aunque sea de 1976, parece significativo un estudio que demuestra que más de un 80% de la gente piensa que las comillas significan reproducción literal, cfr. CULBERTSON H. M.-SOMERICK, N., «Quotation Marks and Bylines —What do They Mean to Readers», *Journalism Quarterly*, 53, 1976, pp. 463-469, 508.

²⁵ STIMSON, W., *op. cit.*, p. 72.

ción literal de las citas directas. Entonces, ¿en qué pueden basarse los partidarios de modificar las citas?

3. Razones a favor de adecentar las citas directas

El primer argumento, lógicamente, alude a que hablar y escribir son actividades muy diferentes, por lo que no tendría sentido una reproducción literal. Lehrer, por ejemplo, afirma que alguien no acostumbrado a trabajar con transcripciones literales de conversaciones se asombra de los errores, las frases inacabadas, las dudas, la complejidad de algunas construcciones, la abundancia de matizaciones, etc. Tan es así que si se respetara lo hablado con absoluta precisión se iría contra la claridad y la escritura ágil, y también se dañaría a las fuentes porque podría presentar como estúpidos a oradores inteligentes²⁶.

Como explican Killenberg y Anderson, ¿qué hacer si: «citar un enunciado con precisión significa que se incluye un evidente error no intencionado y quizá irrelevante, que puede ser muy embarazoso o dañino para otros (...)»? ¿Qué si el discurso del entrevistado está salpicado de maldiciones y epítetos que espera que quites de las citas? ¿Qué si las normales dudas al hablar, los falsos comienzos, las faltas de fluidez, transmitidas con precisión pudieran sugerir erróneamente falta de educación y sofisticación? ¿Deberían los entrevistadores, como Malcolm y otros han sugerido, realizar la función natural del oído en la conversación ordinaria y editar los fallos del hablante, construyendo con los restos de conversaciones espontáneas citas completas y aparentemente fluidas?»²⁷

Los partidarios de no cambiar podrían responder que siempre queda la opción de la paráfrasis. Pero en esas circunstancias, las citas directas se convertirían en una excepción. Salvo que las tomáramos de discursos preparados o que los informantes (fuentes, entrevistados y declarantes) aceptaran que lo que dicen pudiera reproducirse literalmente. Pero al final del proceso, sufrirían los textos periodísticos o las fuentes y los lectores. Si se opta por utilizar sólo las citas textuales que recogen frases pulidas y completas, como son más bien pocas, los textos perderían viveza al quedar reducidos a meros relatos de discursos en los que nunca comparece el hablante. Si se opta por salpicar los textos con citas directas, con errores de dicción, dudas, titubeos y demás, se perjudicaría a los lectores y a las fuentes.

²⁶ KILLENBERG, G. M.-ANDERSON, R., *op. cit.*, p. 41.

²⁷ *Ibid.*, p. 49.

A las fuentes y los personajes públicos, porque no podrían hablar con tranquilidad. A este respecto resultan ilustrativas estas palabras de la periodista Ana Liste: «La falta de discurso de muchos políticos y hombres de cultura o empresa, que presentan ante el entrevistador (...) un cuadro clínico similar al encefalograma plano. Sus respuestas necesitan con frecuencia que el pobre diablo que tienen enfrente se las maraville para articular un discurso coherente, para dar cuerpo y consistencia a lo que a duras penas intentan esbozar o bien suprime algún tropezón que nunca quisieron soltar, pero salió»²⁸.

En cuanto a los lectores, se les perjudicaría por partida doble: los textos se tornarían más difíciles de leer y las declaraciones se harían más escasas. Se acabaría la espontaneidad de la entrevista, de las afirmaciones dichas en los pasillos del Congreso o aprovechando una inauguración de una obra pública. Toda persona susceptible de interés informativo debería cuidar mucho más sus palabras, ante el riesgo de verlas citadas tal cual²⁹.

Pero más allá de esos problemas, ¿cuál es la última razón por la que algunos no admiten las modificaciones?, o, de otro modo, ¿qué se pretende al proponer el recurso a la paráfrasis ante la necesidad de un mínimo cambio? Si se quiere evitar que el periodista empañe la objetividad de la transmisión —y pienso que eso es lo que late de fondo—, se sigue, a mi juicio, un camino equivocado, porque la paráfrasis puede traicionar el sentido original y una cita exacta no puede nunca ser exactamente literal más que cuando se reproduce sonoramente (y ni aún así). En toda reproducción escrita de lo oral hay una pérdida: como muy bien dicen Killenberg y Anderson, en ese intento de reproducir textualmente unas palabras íntegras, ¿qué hacer con los matices, las inflexiones de voz, los guiños, las sonrisas... que acompañan a las palabras?³⁰ No les falta razón al afirmar que si se presta atención a alguno de estos asuntos y se desprecian otros ya se traiciona de algún modo la literalidad.

Además, lo que hace el periodista en la actualidad no es distinto de lo que hacía antes, cuando no había grabadoras, y de lo que hace el oyente cuando escucha a alguien. Ni los periodistas de antes reproducían en sus notas los titu-

²⁸ LISTE, A., «Periodistas mosqueados», en *La Voz de Galicia*, 22 de enero 1994.

²⁹ La verdad es que quizá eso podría tener efectos beneficiosos sobre el conjunto de la profesión. Por ejemplo, entre otras cosas, se acabaría con el predominio del periodismo de declaraciones. Aunque sospecho que pronto empezaríamos a observar cómo la estrategia de los personajes mediáticos se volcaría en preparar muy bien esas «improvisadas declaraciones» y en controlar de algún modo el resultado final de las entrevistas.

³⁰ Killenberg y Anderson también recogen esta cita de Graham: «La conversación es un tipo de taquígrafía ayudada por gestos, expresiones faciales, tono de voz e intensidad. Tu trabajo es informar sin distorsión sobre la intención del hablante. Quieres decir la verdad, pero obviamente no puedes decirlo todo porque el lector no quiere oír cada palabra dicha».

beos, las frases que no terminaban, etc., ni el oyente entiende así las palabras del que conversa con él.

Pero aún hay más. Las investigaciones lingüísticas, especialmente las relacionadas con el análisis del discurso, muestran cómo toda cita —también la literal— supone una ficción de los contextos, una intervención en la que el que cita controla lo citado y lo utiliza dentro de su propia estrategia discursiva. Y no se alude a manipulaciones descaradas en las que se hace decir a alguien algo que no dijo o se traicionan intencionadamente sus frases.

De esas aportaciones de la lingüística aquí sólo me interesa subrayar³¹ que la reproducción prístina de las palabras de otro que exigen los rigoristas, herederos de un planteamiento objetivista, es imposible. Nunca cabe recoger citas directas de modo impoluto, como si nadie las hubiera tocado y hacerlas llegar sin mediación al lector. En otras palabras, es imposible el afán de *trasladar tal cual las palabras*: necesariamente caemos en una cierta ficción o construcción resultado de las inevitables decisiones del escritor. Si esto sucede con las citas directas, parece obvio que los márgenes en los que se mueven las indirectas amplían considerablemente las decisiones del autor del texto.

Killenberg y Anderson señalan, a mi juicio, con acierto, que lo que refleja ese debate entre partidarios y enemigos de los cambios en las citas directas es una manifestación de un debate más profundo acerca del sentido de la actividad informativa. Piensan que cada postura lleva implícita una determinada concepción del quehacer periodístico. En el fondo, los dos planteamientos expresan dos modos de concebir al periodista: considerarle como un simple conducto fiable o como un retórico sensible. Añadiría yo: considerarle como una cinta magnetofónica o —en palabras de Núñez Ladeveze— como un intérprete de la actualidad, que continuamente elige en función de la audiencia, o de las audiencias, y que, por lo tanto, deberá tomar decisiones retóricas que inevitablemente afectan a los significados y a los contextos.

Ladeveze ha explicado muy bien como el periodista: «es antes que un formador, un intérprete del acontecer. Es un profesional que aplica reglas para evaluar qué interesa y en qué grado, qué merece ser considerado noticia y en qué medida tiene relación con otras noticias, qué tipo de noticia es y cómo ha de clasificarse en el orden rígido del periódico (...)»³².

³¹ Dejo para otro trabajo más específico el estudio de las aportaciones al respecto del análisis del discurso y de las consecuencias que esas aportaciones deberían tener en la formación de los periodistas.

³² NÚÑEZ LADEVEZE, L., *Introducción al periodismo escrito*, Ariel, Madrid, 1995. Hay una explicación más detallada en un libro anterior titulado *Manual para periodismo: veinte lecciones sobre el contexto, el lenguaje y el texto de la información*, ed. cit.

Además —y sigo a Ladeveze—, el periodista decide qué datos incluir en un texto y en qué orden; y qué construcciones lingüísticas y qué vocabulario usará. El periodista, afirma, tiene que aplicar reglas en el nivel contextual, en el nivel textual y en el estilístico, y por lo tanto, no tiene sentido decir de él que es un mero transcriptor, lo que nos llevaría a reducir parte de la profesión a lo que alguno ha llamado el periodismo estenográfico.

Con Ladeveze coincide Sánchez, para quien el periodismo se caracteriza por su finalidad, que presenta tres características: es externa al texto (quiere comunicar algo a alguien y ese algo debe responder al modelo exterior), es interpretativa («interpreta el presente desde el mismo presente, pero con respecto al futuro») y es retórico-política («la información se transmite a alguien para que haga algo»). «La suma de estos tres aspectos —concluye— configura el periodismo como actividad eminentemente interpretativa y perlocutiva»³³.

En esta línea, dando por sentado esa naturaleza retórica e interpretativa del periodismo, me parece que la tarea del informador que trabaja con las palabras de otro se asemeja a la de un traductor. Del mismo modo que una traducción que respetara la estructura de las frases y tradujera mecánicamente cada palabra, sin tener en cuenta giros idiomáticos, expresiones propias de una lengua etc., sería una auténtica traición al texto original; la reproducción literal de lo afirmado oralmente puede ser una traición a lo dicho. Y el periodista debe jugar con la libertad del traductor y, evidentemente, con sus riesgos —por otro lado, inevitables—.

Ahora bien, una vez aquí, quedan dos asuntos pendientes. Aunque constituyen la trama central de un futuro trabajo, los adelanto como cierre del presente artículo. El primero lo planteaba Stimson al decir que los lectores entienden las citas directas en su sentido literal, cuando la mayoría de los periodistas aplican un criterio menos estricto. A mi juicio, como sugiero en otro lugar, la solución pasa por que cada medio explique en sus libros de estilo cómo hay que entender las citas directas que en él aparecen.

Y el segundo asunto —y con él termino— se podría formular así: ¿Hay algún límite en el arreglo de las citas directas? ¿Qué criterios nos pueden ayudar a trazar esa frontera que no debemos cruzar? ¿Se trata de unos criterios taxativos o hay ciertos márgenes de maniobra para que algunas situaciones se resuelvan *ad casum*?

³³ SÁNCHEZ, J. F., «Tipologías de textos periodísticos», *Discurso, tipos de texto y comunicación*, EUNSA, Pamplona, 1992, p. 160.

